

Calcuta, 8 de Marzo de 1837.

Querido Ellis: Estoy muy ocupado ahora, y lo vengo estando hace tiempo. Cameron, después de guardar cama durante algunos meses, se embarcó en Navidad para el Cabo, donde deseo que recobre la salud, porque este país no puede pasarse sin él. Sin embargo, casi hemos dado cima á nuestra gran obra. Dentro de un mes presentaremos al gobierno un Código penal completo para una población de cien millones de almas, con un comentario que explica y defiende las disposiciones del texto. Si está bien ó mal hecho, Dios lo sabe. Yo sólo sé que me parece muy mal hecho cuando le considero en sí mismo; y bien, cuando le comparo con el Código de Livingstone, con el de Francia ó con las leyes aprobadas en Inglaterra para codificar y reformar el derecho penal. De salud estoy tan bien como en las épocas que mejor de mi vida. El tiempo corre presuroso. Los días se parecen tanto unos á otros que, á no ser por la costumbre que adquirí á poco de llegar á la India, de apuntar en mis libros la fecha de su lectura, apenas tendría manera de apreciar el curso del tiempo. Si necesito saber cuándo ocurrió una cosa, procuro recordar cuál de los dramas de Calderón ó de las *Vidas* de Plutarco leía yo aquel día. Voy al libro; busco la fecha, y por lo común me asombro de ver que lo que yo creía ocurrido hace dos ó tres meses sucedió en realidad hace cerca de un año.

Pienso aprender el alemán en mi viaje de regreso, y he pedido á este fin buena cantidad de libros. Me dicen que es una lengua difícil; pero yo no me avengo á creer fácilmente que haya una lengua que no pueda

dominar en cuatro meses trabajando diez horas al día. Me prometo sacar gran placer é instrucción de la literatura alemana; y, ante todo y sobre todo, tengo como un presentimiento, como un aviso de la Divinidad, que me asegura que la causa final de mi existencia—el fin para que fui enviado á este valle de lágrimas—es burlarme de ciertos alemanes. Lo primero que hay que hacer respondiendo á este llamamiento celeste es aprender alemán; y luego quizá intente, como dice Milton.

*Frangere Saxonicas Britannum sub Marte phalanges.*

Siempre suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

Los años que pasó Macaulay en la India formaron un periodo de transición entre la época en que no escribía diario ninguno y la época en que le escribía con la misma regularidad que la *Historia*. Entre 1834 y 1838 se contentó con apuntar cualquier circunstancia que impresionaba su imaginación en el libro que acertaba á tener á mano. Las memorias de su vida en Calcuta, escritas en media docena de lenguas diferentes, se hallan desperdigadas por la serie entera de los clásicos desde Hesíodo hasta Macrobio. Al fin de la carta 79 de Séneca, leemos: «14 de Abril. Hodie proemia distribui τοις ἐν τῷ μουσεῖῳ Σανσκριτικῆ νεανισκοῖς (1).»

En la última página de las *Aves* de Aristófanes: «16 de Enero de 1836. οἱ πρεσβεις οἱ παρὰ τοῦ βασιλέως τῶν Νηπαλιτῶν εἰσήγοντο χθες ἐς Καλκούτταν (2).»

(1) «Hoy distribuí los premios á los estudiantes del colegio sánscrito.»

(2) «Los embajadores del rey de Nepal entraron ayer en Calcuta.» Se notará que Macaulay escribe el griego con ó sin acentos, según su humor ó sus prisas.

En la primera página de Teócrito: «20 de Marzo de 1835. Lord G. Bentinck se embarcó esta mañana.»

En la última página del *De Amicitia*: «5 de Marzo de 1836. Lord Auckland llegó ayer al Palacio del gobierno y prestó juramento.»

Al lado de un idilio de Mosco anota que Peel es primer lord de la Tesorería; y entre dos citas de Ateneo halla espacio para conmemorar una mayoría ministerial de 23 votos en la segunda lectura del *bill* sobre la Iglesia irlandesa.

Algo más próximo á un diario formal puede verse en su *Catulo*, que contiene un catálogo de los libros ingleses que leyó en la estación fría de 1835 á 1836, como por ejemplo:

Respuesta de Gibbon á Davis.....	6 y 7 de Noviembre.
Gibbon, sobre la <i>Eneida</i> de Virgilio, VI.	7 de Noviembre.
Lógica de Whately.....	15 de Noviembre.
Grecia de Thirwall.....	22 de Noviembre.
Revista de Edimburgo.....	29 de Noviembre.

Todo esto aparte de sus estudios griegos y latinos, de sus tareas oficiales, del francés que leía con su hermana y de las novelas no mencionadas que leía para sí—las cuales por sí solas hubiesen bastado para ocupar á los hombres ordinarios, á menos que aquel mes de Noviembre fuese distinto de todos los demás meses de su existencia, desde el día que salió de la escuela de Mr. Preston.—Da cierto respiro al tropezar, en medio de la larga lista de obras más graves, con una anotación periódica de «Περικλεις», la obra inmortal de un clásico que ha tenido más lectores en un solo año que Estacio y Séneca en todos sus diez y ocho siglos. Macaulay recorrió con indiferencia los primeros capítulos de esa moderna odisea. El primer

toque que le cautivó fué el «¡Inglés guapo!» de Jingle. En esa expresión reconoció un maestro, y cuando arribó á Inglaterra se sabía su *Pickwick* casi tan bien como su *Grandison*.

Calcuta, 15 de Junio de 1837.

Querido Napier: Su carta de usted acerca de mi artículo sobre Mackintosh se ha extraviado desgraciadamente. Me hubiera alegrado de saber lo que pensaban de mi obra amigos y enemigos, porque aquí no tenemos noticias de tales cosas. Los corresponsales literarios de los periódicos de Calcuta parecen ser escritores de á penique la línea, que sacan toda su provisión de literatura de las conversaciones de bastidores.

Mi largo artículo sobre Bacon llegaría, sin duda, hace tiempo á sus manos. Nunca he prometido, que yo recuerde, escribir sobre la *Vida y obras de Ana More*. Si lo hice, sería en broma. Era cabalmente la última persona del mundo acerca de la cual pensaría yo en escribir una crítica. Fué para mí una amiga bondadosísima desde la infancia. Sus observaciones despertaron por primera vez mis gustos literarios. Sus donativos echaron los cimientos de mi biblioteca. Fué para mí lo que Ninon para Voltaire — dicho sea con perdón de ella por compararla á una mala mujer, y con perdón de usted por compararme yo á un gran hombre.—Fué realmente una segunda madre para mí. Profeso verdadero cariño á su memoria. Yo no podría, pues, escribir acerca de ella, á no ser para alabarla; y todo el elogio que pudiese tributar á sus obras, aun violentando mi conciencia en su obsequio,

distaría mucho de satisfacer á ninguno de sus admiradores.

Pienso escribir sobre Temple y sobre lord Clive. Dejaré en paz á Shaftesburg. Su vida política está tan relacionada con la de Temple, que no podría hacer un artículo separado sobre cada uno sin incurrir en mil repeticiones. La vida y obras de Temple, la parte que tomó en la polémica sobre los antiguos y modernos, la liga de Oxford contra Bentley y la memorable victoria que Bentley logró serán buenos temas. Estoy pertrechado para esta parte del asunto, porque he leído dos veces la controversia de Falaris desde que llegué á la India.

He estado ocupado casi constantemente en asuntos públicos desde que le mandé el trabajo sobre Bacon; pero cuento disponer de algún tiempo en lo poco que me queda de estar aquí. El Código penal está acabado é imprimiéndose. Con la enfermedad de dos de mis colegas, casi todo el peso del trabajo cayó sobre mí. Pero ya es cosa hecha, y no es probable que tenga una labor ímproba durante el resto de mi permanencia en la India.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Si usted hubiese encargado algo sobre Temple ó sobre Clive ó cualquier otro, le ruego que no se apure por eso. Yo quedo pagado con el placer de escribir.

Calcuta, 18 de Diciembre de 1837.

Querido Ellis: Mi última carta versaba sobre un asunto profundamente triste: la muerte de nuestro

pobre amigo Malkin. He compadecido mucho á su viuda. La intensidad de su aficción y la fortaleza y cordura que ha demostrado después de la angustia de los primeros momentos, me la han hecho muy interesante. Seis ó siete de los amigos más íntimos de Malkin que hay aquí contribuyen con Ryan y conmigo á fin de poner en la catedral una lápida sencilla de mármol para la cual he compuesto una inscripción (1).

Mi partida está ahora al caer. Esta es la última carta que escribiré á usted desde la India. Está tomado nuestro pasaje en el *Lord Hungerford*, la más célebre de las grandes casas flotantes que circulan entre Londres y Calcuta. Es más renombrada por su lujo y sus comodidades que por su velocidad. Como hemos de parar en el Cabo un poco de tiempo, no espero estar con usted hasta fines de Mayo ó principios de Junio. Pienso hacerme un buen germanista á mi llegada á Inglaterra. Ya he roto el hielo en ratos de ocio. He leído cerca de la mitad del Nuevo Testamento en la traducción de Lutero, y avanzo rápidamente, para un principiante, en la *Historia de la guerra de los treinta años*, de Schiller. Mi biblioteca alemana comprende todas las obras de Goethe, todas las obras de Schiller, la *Historia de Suiza* de Müller, algo de Tieck, algo de Lessing y otras obras de menos fama. Pienso despacharlas todas en mi viaje de regreso. Me gusta excesivamente el estilo de Schiller. Su *Historia* contiene una porción de pensamientos exactos y profundos, expresados en un lenguaje tan popular y agradable que los majaderos le estimarían superficial.

Ultimamente se me puso en la cabeza adquirir algún conocimiento de los Padres, y leí una buena ra-

(1) La inscripción figura en las *Misceláneas* de lord Macaulay.

ción de Atanasio, que no le elevó nada en mi concepto. Me procuré en una biblioteca pública de aquí la magnífica edición de Crisóstomo por Montfaucon, y pasé la vista por los once enormes folios, deteniéndome allí donde el asunto ofrecía especial interés. En cuanto á leerlo todo, es cosa imposible. Esos volúmenes contienen tanta materia, por lo menos, como toda la literatura subsistente de los mejores tiempos de Grecia, desde Homero hasta Aristóteles inclusive. Hay, ciertamente, algunos pasajes muy brillantes en esas homilias. Parece digno de nota que, habiendo empezado á florecer la literatura griega tanto tiempo antes que la latina, siguiese floreciendo tanto tiempo después. Si se exceptúa el siglo que se deslizó entre la primera aparición pública de Cicerón y la muerte de Livio, yo no sé que haya época en que Grecia no tuviese escritores iguales ó superiores á sus contemporáneos romanos. Lo que sé es que ningún escritor latino de la época de Luciano puede ponerse al lado de Luciano, que ningún escritor latino de la época de Longino puede ponerse al lado de Longino, que ninguna prosa latina de la época de Crisóstomo puede ponerse al lado de las composiciones de Crisóstomo. He leído las *Confesiones* de Agustín. El libro no carece de interés, pero se expresa en el estilo de un predicador ambulante.

Nuestro Código penal se publicará la semana que viene. Me ha costado un trabajo muy inmenso; y tenga los defectos que quiera, no es, ciertamente, una obra desaliñada. Será útil ó no para la India; para mi espíritu no me cabe duda de que ha sido de gran utilidad.

Siempre suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

### CAPÍTULO III

1838-1839

Muerte de Zacarías Macaulay.—Mr. Wallace y Mackintosh.—Cartas á Mr. Napier y Mr. Ellis.—Sir Walter Scott.—Lord Brougham.—Primera mención de su Historia.—Viaje de Macaulay.—Su costumbre de ver el escenario de los acontecimientos.—Chalons-sur-Marne.—Lyon.—Marsella.—Génova.—Pisa.—Florencia.—Macaulay rechaza el empleo de juez togado.—De Florencia á Roma.—Trasimeno.—San Pedro.—El Nuevo Zelandés.—El Vaticano.—El Poder temporal.—La doctrina de la Inmaculada Concepción.—Carta á lord Lansdowne.—La insurrección del Canadá.—Gibbon.—De Roma á Nápoles.—Novelas de Bulwer.—Impresiones de Nápoles.—La tumba de Virgilio.—Macaulay marcha hacia su país.—Mr. Goulburn.—Versalles.

El *Lord Hungerford* justificó su reputación de mal velero, y el viaje de regreso hacia su país, duró seis meses. Esta dilación tan extraordinaria unida á la noticia del encuentro que tuvo el navío de rudos temporales después de dejar el Cabo, dieron origen al rumor de que se había perdido con todo lo que llevaba á bordo, y condujo á una serie de políticos whig á la City á inquirir del Lloyd noticias exactas sobre este particular. Era más natural, sin embargo, dado el carácter de hijo y hermano que dominaba al de orador de partido, que Macaulay fuese esperado con más ansias por su familia que por sus correligionarios. En el seno de aquélla había sido verdaderamente echado de menos con profunda pena. «No podéis concebir, escribe una de sus hermanas, el cambio que ha tenido lugar en esta casa. Es una cosa así como si el sol hubiese abandonado la tierra. El vacío